

**LOS FAMILIARES DEL SANTO  
OFICIO EN EL MUNDO RURAL  
DE LOS TRIBUNALES DE  
CUENCA Y TOLEDO  
(SS. XVI-XVIII)**

**Lorena Ortega Gómez**



Ediciones de la Universidad  
de Castilla-La Mancha

Cuenca, 2021

# ÍNDICE

<b>Agradecimientos</b> .....	11
<b>Abreviaturas</b> .....	13
<b>Prólogo</b> .....	15
<b>Introducción</b> .....	23
<b>Capítulo I. Estado de la cuestión</b> .....	43
1.1. La historiografía de la inquisición durante el siglo XX .....	48
<b>Capítulo II. Número y distribución de las familiaturas de los tribunales de Toledo y Cuenca durante la Edad Moderna</b> .....	73
2.1. De criados a ministros: La configuración de la red de familiares durante el Quinientos .....	74
2.2. La evolución numérica de las familiaturas a lo largo del siglo XVII .....	92
2.3. Las familiaturas durante el siglo XVIII: De instrumento de ascenso social a mero título honorífico .....	102
<b>Capítulo III. Perfil socio-profesional de los familiares del Santo Oficio de los tribunales de Cuenca y Toledo</b> .....	111

---

<b>Capítulo IV. Las bases materiales de los familiares adscritos a los tribunales de Cuenca y Toledo</b> . . . . .	149
4.1. El valor de las haciendas de los titulares de las familiaturas . . . . .	152
4.2. Otras propiedades y los bienes suntuarios . . . . .	195
<b>Capítulo V. Estrategias y actitudes de los familiares del Santo Oficio en proceso de ascenso social</b> . . . . .	199
5.1. El ingreso en corporaciones o instituciones con crédito social de honra . . . . .	205
5.2. La apariencia . . . . .	221
5.3. Estrategias sociales: el matrimonio y ordenación sacerdotal . . . . .	227
5.4. La meta: la ansiada nobleza . . . . .	231
<b>Capítulo VI. Los familiares y la limpieza de sangre</b> . . . . .	237
<b>Capítulo VII. Familiatura y tribunales</b> . . . . .	259
<b>Conclusión</b> . . . . .	281
<b>Anexos</b> . . . . .	287
<b>Apéndice</b> . . . . .	321
<b>Fuentes</b> . . . . .	331
<b>Bibliografía</b> . . . . .	343
<b>Índice de cuadros, gráficos y mapas</b> . . . . .	379

## PRÓLOGO

La vida docente presenta muchas ingratitudes y sinsabores, que van desde el gobierno de los alérgicos a la tiza, siempre apoyados por los representantes crónicos, a las ocurrencias de los pedagogos, junto con otras calamidades que llenarían el espacio disponible para un prólogo. En medio de este triste panorama, constituye un motivo de inmensa satisfacción la llamada de una antigua alumna para anunciar la inminente publicación del resumen de su Tesis Doctoral. No está sobrada la vida académica de estas llamadas y, cuando uno la recibe, no puede dejar de pensar en aquellas otras tesis, que recibieron becas FPU o FPI y de las nunca más se supo, en lo que constituye una forma, una más, de malversación de caudales públicos.

La doctora Lorena Ortega Gómez se licenció brillantemente en la Facultad de Letras de la Universidad de Castilla-La Mancha, donde asistió a sus Cursos de Doctorado y obtuvo una beca del Vicerrectorado de Investigación. Acabada ésta, y tras sobrevivir con un pequeño contrato asociado a un proyecto, leyó su Tesis Doctoral, calificada con la máxima nota por un prestigioso Tribunal, formado por la doctora Fernanda Olival, que actualmente estudia la relación entre las familiaturas y las capas intermedias de la sociedad portuguesa, y los doctores Martínez Millán y Sanz Camañes. Hoy ejerce la docencia en un Instituto de Enseñanza Media de Madrid, que tiene el privilegio de contar con ella en su claustro de profesores. Lorena Ortega enlaza así con la larga tradición de profesores de Enseñanza Media que, además de ejercer su docencia, tenían una sólida trayectoria investigadora. Por desgracia, la figura del profesor investigador en el mundo de la Enseñanza

Media está en vías de extinción por la escasa consideración que tienen para las autoridades educativas tesis y publicaciones, en comparación con lo que puntúan discutibles cursillos pedagógicos.

La obra, que tengo el honor de prologar, reúne dos enjundiosas líneas de investigación y presenta, por lo tanto, un doble interés. Primero, estamos ante un libro que constituye una aportación esencial al conocimiento del Santo Oficio a través del estudio de sus servidores laicos, figuras básicas para la política de presencia del Santo Oficio, siempre más fácil en la ciudad sede de distrito que en los núcleos rurales alejados. A los que hicieron visible al Santo Oficio en el mundo campesino está dedicado este trabajo. Ello de por sí justificaría tanto acometer el estudio como proceder a su publicación. Por si esto fuera poco, además, estamos ante una monografía de historia rural, corriente que ha dado grandes frutos a la historiografía española. Por las páginas que siguen aparece, desde luego, el Santo Oficio, pero también haciendas, patrimonios, limpieza de sangre, cargos municipales, ascenso social y conflictos.

El estudio de los servidores laicos del Santo Oficio tiene una notable tradición, tanto fuera como dentro de nuestras fronteras. Tempranamente, los primitivos de la historiografía inquisitorial percibieron la importancia de los familiares. Sin embargo, se centraron en lo más escandaloso: las quejas por su excesivo número, sus inmunidades y privilegios. Además, a estos servidores laicos se les hizo pasar por los delatores del Santo Oficio. Basta dar un repaso a los sujetos que nos esperan en el cuerpo del libro para comprender que, salvo excepciones como el familiar de Quismondo que quería censurar el sermón del franciscano, poco podían delatar, pues no parecen dados a sutilezas teológicas. Sin embargo, costó trabajo desterrar el mito del familiar espía.

La visión de los familiares, como la de tantos otros aspectos del Santo Oficio, cambió con el nacimiento de las nuevas investigaciones inquisitoriales, que, con el precedente de Kamen, eclosionó con fuerza a partir de 1976 para constituir uno de los capítulos más brillantes, tanto de la historiografía española como también del hispanismo. Baste citar, entre otros, a García Cárcel, con su pionero estudio sobre el Tribunal de Valencia; a Bennassar, que llamó la atención sobre la necesidad del conocimiento sociológico de las bases inquisitoriales; a Jiménez Monteserín, que puso de manifiesto las instrucciones sobre comisarios, alguaciles y familiares; a Jean Pierre de Dedieu, primer estudioso de los familiares; Contreras; Virgilio Pinto; Martínez Millán y tantos otros. La obra *Historia de la Inquisición en España y en América*, dirigida por los profesores Pérez Villanueva, fundador del Centro de Estudios Inquisitoriales,

y Escandell Bonet, publicada en tres volúmenes en 1984, 1993 y 2000, respectivamente, constituye la mejor recopilación de los avances de la historiografía sobre el Santo Oficio a lo largo de un cuarto de siglo. Precisamente, en el segundo volumen se halla el excelente trabajo de Roberto López Vela sobre el reclutamiento y la sociología de comisarios y familiares, con su llamada a la realización de trabajos de base para conocer la implantación social de la Inquisición y de los intereses sociales que se movieron en torno al Santo Oficio. Asimismo, sería injusto olvidar al Instituto de Historia de la Inquisición, creado por el profesor José Antonio Escudero en 1985 que, desde la perspectiva de la Historia del Derecho, ha dado tan buenos frutos en varios campos, entre ellos, en el de los familiares. El estudio de los tribunales de distrito despertó el interés por los servidores laicos, que pronto pasaron a ser objeto de investigación autónoma, como muestran, entre otros, los trabajos de Miguel Echeverría, Pilar García de Yébenes, Rafael de Lera García, E. Balancy, José Enrique Pasamar Lázaro, Gonzalo Cerrillo Cruz y Ana Cristina Cuadro García.

Lorena Ortega ha seguido la senda que abrió el profesor Dedieu en unos trabajos inolvidables, centrándose en el mundo campesino. El tema elegido planteaba la dificultad de deslindar el mundo urbano del rural, aspecto nunca fácil pero necesario, puesto que los familiares de Madrid, Cuenca, con cuarenta servidores asignados, o de Toledo, con otros cincuenta, hubieran dejado en la sombra a aquellos que lucieron sus insignias y blasones inquisitoriales en tantos pueblos de Castilla la Nueva.

El libro presenta tres grandes bloques temáticos: el estudio de la familiatura, el patrimonio de los familiares y los conflictos en los que estos se vieron involucrados. Muchas son las conclusiones que obtiene la autora a lo largo de su trabajo, que no voy a desgranar aquí, si bien no me resisto a presentar algunos aspectos que me han llamado poderosamente la atención. En primer lugar, destacaré todo lo que nos enseña sobre los perfiles socioinstitucionales de la familiatura. La autora trata de la configuración de la red de familiares durante el Quinientos y su evolución XVI, XVII y XVIII, del número de servidores por localidad, edades y estado civil, las estrategias de los supernumerarios, los requisitos, procedimientos, limitaciones, costes —ser familiar no supuso un desembolso oneroso y menos si se compara con el capital social adquirido— y, por supuesto, los actos positivos recogidos en los expedientes con los que elabora un cuadro muy explícito donde constan las cualidades que el Santo Oficio apreciaba en los candidatos a la familiatura, entre las que destaca sobre cualquier otra, el vínculo con la Inquisición.

La autora pone de manifiesto la complejidad de las motivaciones sociales a la hora de solicitar familiaturas. Se ha dicho hasta la saciedad que obedecía a los privilegios inherentes al cargo. Cierto, pero Lorena demuestra, primero, que no siempre fue tenida en mucho la familiatura —ofrece testimonios de su escasa valoración— y, además, de que no todos tenían el mismo interés en dicho oficio. Me ha resultado muy atractiva desde el punto de vista social la evolución de la demanda de familiaturas que, en realidad, sigue la misma trayectoria que la de otros cargos de honra en el mundo rural. Efectivamente, también los regimientos perpetuos empezaron a ser menos apreciados conforme avanzó el Seiscientos y llegaron a su punto más bajo en el XVIII.

Tras la parte más estrictamente inquisitorial de su trabajo, Lorena Ortega pasa a acercarnos a las bases sociales y al perfil privado de los servidores laicos del Santo Oficio. Primero analiza la estructura socioprofesional de los familiares, que presenta notables diferencias con la del mundo urbano. Así pues, desfilan pocos mercaderes, algunos artesanos, varios mesoneros, unos cuantos clérigos, en los que la condición de ministro inquisitorial precedió al sacramento del orden, médicos, abogados y un más que inquietante grupo de 67 familiares relacionados con la fe pública, muchos presos de un irresistible afán de ascenso social. Indudablemente, la combinación entre una escribanía y una familiatura podía resultar explosiva en el mundo rural del Siglo de Oro. Ahora bien, el grueso de la familiatura rural estaba compuesto por un conjunto heterogéneo de labradores.

Y llegamos a la parte más novedosa de su trabajo. La autora ha intentado y a mi juicio resuelto magistralmente, dada la dificultad de las fuentes por su fragmentación y dispersión, dibujar un perfil de las haciendas de quienes gozaron de familiaturas en el mundo rural castellanonuevo. Precisamente, una de las principales virtudes del libro que el lector tiene entre sus manos es la enorme variedad de fuentes, lo que le confiere una interesante dimensión metodológica. No podía ser menos después de consultar los fondos de protocolos de trece localidades de Ciudad Real, de dieciocho de Cuenca y de diez Toledo, tarea penosa en la que hay que pasar cientos de papeles para hallar un inventario, una carta de dote o un contrato correspondiente a un familiar del Santo Oficio.

La excelente radiografía de la hacienda de los familiares pone de manifiesto, antes de nada, su extraordinaria diversidad. Desde los 200 ducados de patrimonio de un sastre de Torrelaguna en 1604 hasta la opulencia terrateniente y pecuaria del conde de Valparaíso, familiar de Almagro y gran señor de ganado. Naturalmente, la mayoría de las haciendas de los servidores laicos